

LA FLOR DEL ZURGUEN

(LETRILLA)

Parad, airecillos,
Y el ala encojed,
Que en plácido sueño
Reposa mi bien.
Parad, y de rosas
Tejedme un dosel
Do del sol se guarde
«La flor del Zurguen».
Parad, airecillos,
Parad y veréis
A aquella que ciego
De amor os canté:
A aquella que aflije
Mi pecho cruel,
La Gloria del Tormes,
«La flor del Zurguen»
Sus ojos luceros,
Su boca un clavel,
Rosa las mejillas;
Y atónitos ved
Do artero Amor sabe
Mil almas prender,
Si al viento las tiende
«La flor del Zurguen»
Volad a los valles
Veloces traed
La esencia más pura
Que sus flores den.
Veréis, cefirillos,
Con cuánto placer
Respira su aroma
«La flor del Zurguen»
Soplad ese velo,
Sopladlo, y veré
Cuál late, y se agita
Su seno con él:

El seno turgente,
Do tanta esquivez
Abriga en mi daño
«La flor del Zurguen»
¡Ay cándido seno!
¡Quién sola una vez
Dolido te hallase
De su padecer!
Mas ¡oh! ¡cuán en vano
Mi súplica es
Que es cruda cual bella
«La flor del Zurguen!»
La ruego, y mis ansias
Altiva no cree:
Suspiro, y desdëña
Mi voz atender.
¿Decidme, airecillos,
Decidme qué haré
Para que me escuche
«La flor del Zurguen?»
Vosotros felices
Con vuelo cortés
Llegad, y besadle
Por mi el albo pie.
Llegad, y al oído
Decidle mi fe;
Quizá os oiga afable
«La flor del Zurguen».
Con blando susurro
Llegad sin temer,
Pues leda reposa,
Su altivo desdën.
Llegad y piadosos,
De un triste os doled:
Asi os dé su seno
«La flor del Zurguen».

RECUERDOS

EL RIGODON

Por Miguel Muñoz de San Pedro, Conde de Canilleros.



El 11 de Julio de 1916, vino por vez primera a Cáceres en visita turística, la Infanta doña Isabel de Borbón, la popularísima Infanta hija de Isabel II, hermana de Alfonso XII y tía de Alfonso XIII, a la que los madrileños llamaban cariñosamente *La Chata*. Yo era entonces un muchacho y, además, tenía luto. Por todo ello no asistí a los bailes que se dieron en su honor, ni a ningún otro acto. Tan solamente vi a Su Alteza de lejos, cuando cruzaba por las calles.

Tres años después, en 1919, la Infanta volvió a Cáceres, para ser madrina de la bandera del recién creado Regimiento de Segovia. Llegó a la ciudad el 23 de Octubre, celebrándose la aludida ceremonia en la mañana del día 24, fecha en que la Augusta Señora emprendió el regreso a Madrid, en el tren de la noche.

Esta segunda vez asistí a todos los actos: recepción, Te Deum, entrega de bandera, baile... El baile tuvo lugar, en la noche del 23, en el Círculo de la *Concordia*. Doña Isabel presidió el rigodón de honor, que yo bailé.

Corrientemente, las personas Reales se retiraban al llegar la última figura del rigodón, la *cadena*, en la que era preciso cruzarse, dando la mano todos los hombres a todas las mujeres, según iban pasando. La Infanta, con su proverbial llaneza y simpatía, no se retiró de la *cadena*. Todos nos cruzamos con ella y a todos nos dió la mano, que íbamos besando al pasar, ya que era eso de protocolo en tales casos.

El rigodón fué mi primer contacto directo con aquella princesa tan española, tan popular y tan querida. Realmente, ella podía ser un gran simbolo de la era del rigodón, de una era de delicadezas y señoríos que había venido deslizando por el siglo XIX y se prolongaba en las dos primeras décadas del XX, iniciada ya su decadencia.

Después ví y hablé muchas veces a la Infanta. Era simpática de verdad. Aunque, aparentemente, resulte paradójico, el exagerado concepto que tenía de la realeza la llevaba al trato cordial con todos, porque de la idea de sus deberes y responsabilidades nacía un potencial inconcebible de amor a España y a los españoles. Estaba colocada siempre

en ese difícil punto exacto en el que el rango produce en los demás acatamiento sin molestias y confianza sin libertades. Cruzaba por la vida como en la *cadena* del rigodón, con sencillez, dando la mano; pero todos besaban esa mano con respeto.

Nunca fué hermosa; sin embargo, había en ella algo agradable que la libró de que la llamasen fea. Cuando la conocí, viuda y sin hijos, tenía ya el pelo blanco. Gordezuela, con la nariz respingona, recordaba mucho a su madre Isabel II.

Ví a la Infanta en sitios muy diversos: en los toros y en las ceremonias del Palacio de Oriente; en las verbenas de los barrios bajos y en el paseo de coches de El Retiro; en los hospitales y en su palacete de la calle de Quintana...

¿Anécdotas? Muchas oí referir de ella:

En una ocasión, un invitado a su mesa, persona de escaso trato social, inició la comida sin quitarse los guantes. Doña Isabel, para que prescindiera del inadecuado estorbo sin que se diese cuenta de que había cometido un error, le dijo:

—Puede quitarse los guantes. Me agrada comer sin etiqueta, con toda confianza.

El pobre hombre, aferrado a su ignorancia, contestó, muy dignamente;

—Gracias, Alteza; yo tengo contumbre de comer siempre con guantes.

El esfuerzo que hizo la Infanta para no soltar la risa, estuvo a punto de hacer saltar las ballenas de su corsé.

Celebróse en Segovia una solemnidad en honor de su comunero, Juan Bravo, cuyo acto presidía doña Isabel. A cargo de un personaje político, recién llegado a la ciudad y desconocedor de su historia, estaba el discurso de exaltación del histórico paladín, discurso del que pensó salir airoso con las nociones de todos conocidas sobre las guerras de las Comunidades y con sus latiguillos oratorios, pues era hombre de gran facilidad de palabra. Pero, por obcecación o ignorancia inexplicables, cada vez que tenía que referirse al comunero local, confundiéndolo con el colega toledano, le llamaba, en vez de Bravo, Padilla. Desde el comienzo del discurso, en el que empezó afirmando que estaban allí reunidos para rendir tributo de admiración a Padilla, la Infanta, en voz muy baja, le rectificó, diciendo: «Bravo».

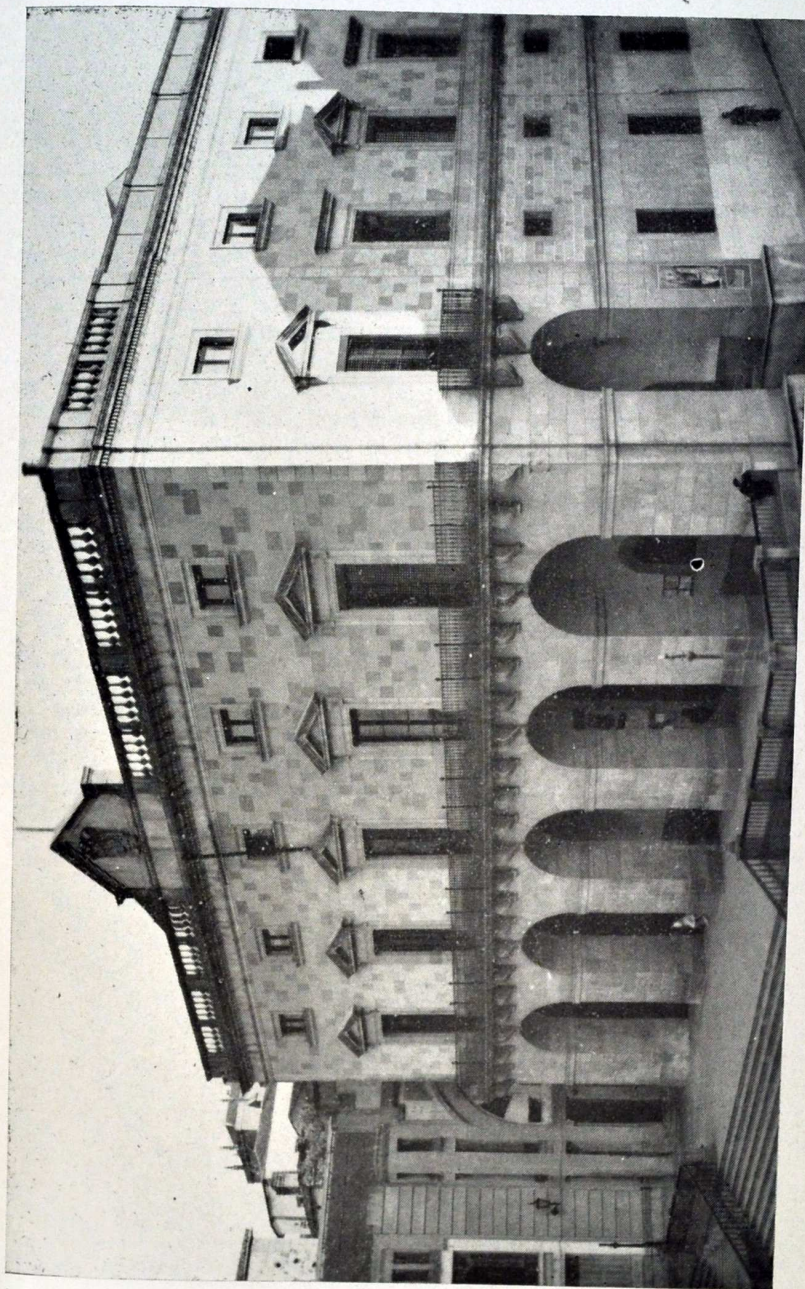
Fué inútil el aviso. Bien por que no la oyese o por seguir obcecado, una y otra vez citaba a Padilla, y una y otra vez la Infanta, queriendo salvar la situación, insistía en apuntarle, en voz baja: «Bravo»

Aprovechando los aplausos, arrancados con un párrafo de latiguillo que había concluido con la mención del gran Padilla, alzando un poco más la voz, doña Isabel volvió a rectificarle, repitiendo: «Bravo, Bravo».

El orador, tomando aquellas palabras de enmienda por calurosas manifestaciones de entusiasmo, miró a la egregia dama, hizo una profunda reverencia y dijo:

—Gracias, muchas gracias, Alteza.

No hay que decir lo que doña Isabel se rió de aquello y los apuros del orador cuando, después de acabar su discurso sobre Padilla, supo



ALBUM EXTREMEÑO: Ayuntamiento de Cáceres. — Foto Javier

que el comunero segoviano, al que se rendía homenaje, se llamaba Juan Bravo.

Anécdotas y rasgos llenan la vida de aquella Infanta, que dejaba a su paso una estela de simpatía y españolismo.

Muy enferma la sorprendió, el 14 de abril de 1931, la caída de la Monarquía y la marcha de su sobrino, el rey don Alfonso XIII, al que ella adoraba. Cinco días después, en la noche del 19, abandonó aquel Madrid que tanto quiso y que siempre la había llamado, cariñosamente, *La Chata*. Por última vez la vieron los madrileños en la mañana de aquel día asomarse al balcón de su palacete, descansando en una silla de ruedas, demacrada y pálida, envuelta en un abrigo gris, mientras pasaba por la calle de Quintana el Santísimo en la procesión del Viático para los enfermos.

En una camilla, asistida por enfermeras de la Cruz Roja, doña Isabel llegó a París a las ocho y media de la mañana del 21. Dos días después, a las tres menos cuarto de la tarde del 23 de abril, entregaba su alma a Dios en la capital francesa.

Curiosa coincidencia: el 23 de abril es el día de la festividad de San Jorge, Patrón de Cáceres, la ciudad en la que conocí a la Infanta. Y en la noche de un día 23 bailé aquel rigodón en el que ella tomó parte.

Por 1928, había ido yo a saludar a doña Isabel en su domicilio y recordé el baile en el cacereño Círculo de la *Concordia*, durante el cual había besado por vez primera su mano. Ella comentó:

—Aunque no hace mucho tiempo de eso, todo es ya distinto. El rigodón queda sólo para las solemnidades: por ahí no se baila, y pronto no sabrá bailar lo la gente joven. ¡Se fué ya el rigodón!

Había una amargura, un matiz de suspiro, en las últimas palabras. Cuando tres años más tarde supe la muerte de la Infanta Isabel, comprendí que había terminado una era, que entonces morían también todas aquellas cosas que compendiaba, como un símbolo, el rigodón.

